

## El perro jubilado

Érase una vez un perro viejo llamado Zopallo que vivía con otros perros viejos en las casas de una hacienda magallánica. Ahora tenía una vida tranquila, pero echaba de menos su trabajo en las praderas, corriendo de un lado para otro, atento a que las ovejas no se alejaran demasiado del rebaño ni se perdieran. Él había sido el ovejero con mejor olfato. En las noches de campamento, Zopallo era el primero que olía a los pumas cuando merodeaban en torno al rebaño.

Su amo, don José, contaba con orgullo que su perro líder era capaz de identificar a todas las ovejas por sus respectivos aromas. En las tardes, cuando reunían el rebaño para pernoctar, con solo dar un par de vueltas sabía si alguna no había llegado y salía a buscarla.

La vida laboral de Zopallo fue larga, durante años acompañó a don José de día y de noche en el trabajo de pastoreo. Los días de descanso, cuando volvían a la casa, le tocaba baño, peluquería y veterinario. Le ponían vacunas, y dormía mucho y comía sin apuro. En esas oportunidades lo que más hacía era jugar con los hijos de su amo y regalonear con él. Le gustaba que le rascaran el lomo, pero lo máximo era que le acariciaran el vientre mientras se ponía de espalda, con las cuatro patas en el aire.

Pero ahora Zopallo vivía para siempre con los perros viejos que tenían como tarea cuidar la casa del amo, las gallinas, el huerto y, lo más importante. Los niños. En esa tarea nuestro amigo también se destacó, vigilaba a los niños con tanto celo como si fuesen ovejas

nuevas. Iba con ellos a la escuela, distante unos kilómetros de la casa, y los esperaba hasta la hora del regreso.

Cuando los niños estaban en clases se quedaba echado al lado de la puerta. En las horas de recreo participaba en algunos juego. Así fue como, sin proponérselo, por instinto, los alumnos de la escuela se convirtieron en un nuevo rebaño que él tenía que cuidar. Si un niño se alejaba del patio, Zopallo lo perseguía y lo hacía regresar. Al sonido de la campana para volver a clases, Zopallo corría alrededor del terreno empujando con el hocico a los niños que se quedaban atrás para que se apresuraran en volver al aula. No solo reconocía a los niños y a los maestros, también conocía por el olfato a las familias de los pequeños y a casi todos los habitantes de los alrededores.

Pronto los maestros se dieron cuenta de lo que ocurría y lo encontraron muy simpático, poco a poco algunos padres y madres supieron de este viejo ovejero magallánico que cuidaba a sus hijos en la escuela y estuvieron muy contentos. Pero los amos de Zopallo se preocuparon, pensaban que algún papá podría reclamar por la presencia del animal en la escuela. No sabían qué hacer.

Hasta que en una oportunidad se produjo un incidente: llegó a la escuela un inspector provincial de educación, sin previo aviso, de manera inesperada, y Zopallo se engrifó al verlo acercarse. Para él era un desconocido, una posible amenaza para su rebaño. Comenzó a ladrar y gruñir al recién llegado, sin dejarlo entrar. Por suerte, al oír sus ladridos los profesores salieron a ver y tranquilizaron a Zopallo. No hubo más problemas en el momento. Pero las consecuencias llegaron después.

El inspector hizo un informe desfavorable por la presencia de un animal, un “cuadrúpedo canino potencialmente peligroso”, en una escuela de niños y niñas pequeños. A la directora le llegó una orden escrita del Departamento Provincial, advirtiéndole que no debía permitirse que esa situación continuara y le recordaba el reglamento en su artículo *titantos*, inciso tercero, de la convivencia escolar, que prohibía a los alumnos llevar sus mascotas a la escuela.

La mayoría de los padres y apoderados no estuvo de acuerdo con la medida, sus hijos: le habían tomado cariño a Zopallo y les gustaba jugar con él en los recreos. Pero habiendo alguien que se opusiera, no había nada que hacer. Y el que más se oponía era el alcalde.

Los más apenados fueron los amos de Zopallo que encontraron injusta la prohibición, trataron de retener al can en la casa, pero no hubo caso, siempre se escabullía y se iba a la escuela para estar cerca y cuidar a los niños. Ahora no podía ingresar en el recinto, pero permanecía en los alrededores, y siempre que llegaba algún extraño a la escuela, sus ladridos ponían en alerta al portero y a los vecinos.

El problema de Zopallo llegó a discutirse en el Concejo Municipal. El alcalde insistía que había que eliminar a todos los perros “vagos” de la comuna porque podían transmitir enfermedades. En realidad, lo que quería era eliminar a Zopallo.

Cuando los amos de nuestro amigo se enteraron de lo que tramaba el alcalde, no supieron qué hacer. Habían intentado todo para impedir que el perro siguiera a los niños.

Una tarde vieron llegar, ya oscuro, a la directora de la escuela. Pensaron que ese era el fin de la historia, que tendrían que poner a dormir a Zopallo. Pero era otra cosa muy distinta,

todo lo contrario de lo que ellos temían, la directora venía a pedir la ayuda del perro guardián porque una alumna de la escuela se había extraviado en el pueblo.

No faltaba más, rápidamente llevaron al can hasta la escuela y con solo darle a oler ropa de la niña, Zopallo siguió el rastro y la encontró en una vuelta de un camino, asustada y dolorida, con un pie torcido que no le permitía caminar.

A partir de entonces todo cambió: la niña extraviada no era ni más ni menos que la hija más pequeña del alcalde, por eso la jubilación de Zopallo tuvo que esperar. El perro ovejero se hizo famoso en la región, el Municipio le dio un premio y cada vez que se perdía una persona, llegaban los Carabineros o el alcalde a pedirle ayuda, y él nunca falló.